

## Una escena de familia.

Cuando Mauricio se separó de sus amigos y volvió á su casa, iba meditabundo. Cuanto le habia dicho Manuel de la sociedad masónica y cuanto habia oido hablar de antemano de esta institucion, despertaba en él vehementes deseos de pertenecer á una hermandad constituida bajo tan fraternales bases y en la que pensaba hallar alimento para saciar esa hambre de cariño que por decirlo así sufría su corazon, y sobre todo, el alivio de sus desventuras domésticas que cada día eran mayores y mas hondas.

María se habia hecho inaguantable.

Mauricio sufría en silencio su desgracia. A los ojos de todos pasaba por un esposo amante y solícito y tan prendado de su mujer como si no estuviera unido á ella ni le tratara tan mal, sino que se hallara pretendiendo su mano y en lo mas vehemente de un amor volcánico y primero. Semejante disimulo, ajeno completamente al carácter de Mauricio, pero que se le

imponía al deseo de que no padeciera en nada la buena fama de María, ni la suya propia se empañara, centuplicaba sus sufrimientos.

Todos los que han padecido desengaños y desventuras en la vida saben muy bien que hay un amargo consuelo en confiar á una persona querida los dolores del corazon. Pero hay misterios, que aunque destrozan el alma del que está iniciado en ellos, quemarian sus labios cuando quisiera revelarlos, y es preciso encerrarlos en lo mas profundo del pecho para que nadie, absolutamente nadie, sospeche su existencia.

A nadie hablaba Mauricio una palabra de lo que le pasaba, y su modo de expresarse respecto de María y del matrimonio habria hecho creer que era el hombre mas feliz del mundo y que habia encontrado en la mujer con quien se enlazó porque supo que le amaba y cediendo á los impulsos generosos de su noble corazon, todas las virtudes y todas las dotes que deben adornar á la esposa digna y santa, al verdadero ángel del hogar.

Pero á pesar de la prudencia de Mauricio, las desagradables escenas que cuotidianamente tenían lugar en su casa, provocadas siempre por María, bajo los mas fútiles pretextos, y en las que ella gritaba hasta desgañitarse, habian hecho sospechar primero y convencido despues al vecindario, de que aquel matrimonio tan unido á juzgar por la conducta del esposo y que el ángel del amor y de la armonia conyugal parecia cobijar con sus alas, era un verdadero infierno sin mas patronato que el de las furias y los demonios.

El pobre Mauricio temblaba cuando volvía á su casa, y hacia en el camino provision de paciencia para que no le faltara ante las injurias y los desahogos de su esposa, temiendo siempre que la sangre de su corazon hirviera, la ira le cegara, y no pudiera evitar el olvidarse de que aquel energúmeno que se llamaba María era un ser débil, una pobre mujer que no te-



nia mas proteccion ni mas amparo en el mundo que el hombre á quien injuriaba de una manera tan injusta y tan soez, y cuyos nobles sentimientos y cuya alma generosa y buena estaba tan distante no solamente de apreciar sino de comprender siquiera.

La mayor parte de las leyes que rigen á la sociedad y de las costumbres consagradas por el tiempo, están, si bien se examinan, llenas de inconvenientes y de contrasentidos en la práctica. Desde que el mundo es mundo, fué considerada la mujer como el ser mas débil y mas digno de cariño y de contemplaciones que todos los de la creacion, y cuantos males han hecho víctimas al mundo y á los hombres no han tenido otra causa que las mujeres, desde que á Dios le ocurrió la malaventurada idea de despojar á Adán de una de las costillas de que le habia dotado para hacer de ella nada ménos que la perdicion del género humano.

Pero el hombre, noble y generoso como imágen que es de Dios, olvidó pronto los males á que le condenaron la glotoneria y la nécia curiosidad de Eva y la debilidad de Adán, que fué quien dió el pernicioso y primer ejemplo de ceder á la voluntad de las mujeres; y con el *parirás con dolor* de la maldicion del Creador, se dió por satisfecho y se puso á amar y á contemplar á la bella mitad del género humano con todos sus sentidos y potencias.

Las mujeres comprendieron todo el partido que podian sacar de la generosidad de los hombres y de su propia y pretendida debilidad; se pertrecharon de lágrimas y suspiros; defendieron á capa y espada que eran y son los seres mas inofensivos y mas santitos, y aquí nos tienen ustedes con la fama de fuertes y de orueles, hechos unos juguetes de que hacen lo que quieren las hijas de Eva, á las que no en vano ha llamado un amigo nuestro *niños grandes*, y otro, mas expícito, ha querido

que se agreguen á esta clasificacion las dos palabras: *muy malcriados*.

Como el autor de esta novela ha caído ya en la trampa del matrimonio, no teme desprestigiarse ante el bello sexo abandonándose á esta clase de digresiones; que espera en Dios no enviudar nunca y si por desgracia llegase el lamentable caso, quiere estar escudado competentemente contra la tentacion de repetir el sacramento, autorizando desde ahora á cualquiera dama á quien se atreviera, ya viudo, á requerir de amores, á que le obsequie con dulce de calabaza envuelto en una de las hojas en que van estampadas tantas herejias que sin causa justificada se ha atrevido á vomitar contra el sexo hermoso cediendo á la indignacion que despierta en su ánima la mala conducta observada por María con respecto de Mauricio.

Este, á quien le valiera mas no haber nacido ó seguir las máximas buenas y santas de Ramon de ahorcarse con un dogal ántes que con la cadena que el sacristan de la parroquia echa al cuello de los desposados al llegar á cierto pasaje el cura que dice la misa terrible, llegó á su habitacion, preocupado á causa de la conversacion que sobre la masoneria habia tenido con sus amigos, y maquinalmente y obedeciendo á una costumbre en la que hacia tiempo que el corazon no tomaba ya parte, se acercó á su mujer y la saludó besándole ambos carrillos.

María no se dignó contestar á esta muestra de afecto, y con voz ágría y acento imperioso le dijo:

—Mucho has tardado.

—¿Lo crees así?—contestó benévolamente Mauricio.

—Es cuanta desgracia puede haber que mientras una pobre mujer está presa en su casa *amolándose* con los quehaceres de ella, el señor ande triunfando por la calle con sus amigos y quedando bien con las coquetas—continuó María con acritud cada vez mayor.

Mauricio no contestó y acercándose á una mesa que habia



en el centro del cuarto y que en su grande miseria hacia servir como de comedor y como escritorio, tomó un libro que habia encima de ella, le abrió y comenzó á recorrer sus páginas.

Era el extremo á que recurria siempre que la tormenta amenazaba ser deshecha, como otros maridos apelan al trillado medio del buche de agua en el que nuestro héroe no encontraba maldita la gracia. La obra en cuestion era una paráfrasis del libro de Job, y nuestro artista se consolaba un poco pensando que era mas santo que el hombre de la Escritura y que la mujer de éste era á la suya propia como una oveja á una hiena; y su vanidad de hombre ávido de gloria á cualquiera costa, se lisonjeaba de que en los futuros tiempos no se diria ya en los lances desesperados: *se necesita de una paciencia como la de Job, sino: es menester tanta paciencia como la de Mauricio Gonzaga, para poder sufrir tal ó cual cosa.*

Su desventurada suerte le hacia incapaz de conquistar gloria con sus pinceles y su génio; y él, cuyo carácter era inclinado á la broma, hacia una composicion con la fortuna y se conformaba, ya que no con la fama de un Ticiano, con opacar la usurpada de que disfrutaba Job hasta entónces sin que á nadie se le hubiera ocurrido contestársela.

María se indignó al ver á su esposo tomar el libro.

—Eso es—le dijo—para nada estás en tu casa y el rato que te dignas venir á ella es para *cojer* el librito y no hacerle caso á tu pobre mujer. Abusas de que no tengo padres ni nadie que vea por mí, para engañarme, para despreciarme, para mirarme como á un perro.

Mauricio contemplaba en aquel momento á Job en el basurero y habria dado cuanto tenia, y hasta la libertad, y la vida, y á su dulce esposa de ribete, por encontrarse en lugar del santo.

—Bien sabes que no dices la verdad, María—se aventuró á

responder poniendo su voz en el tono mas dulce de su diapason—y que ni te engaño, ni te desprecio, sino que te amo.

Debemos confesar en obsequio de la verdad histórica, que la última palabra salió con mucho trabajo de los labios de Mauricio.

—¿Con que es decir que miento? ¿Con que no te conformas con manejarte conmigo tan mal, sino que vienes todavía á insultarme? ¡Infame! ¡Lépero! Mal haya la hora en que me casé contigo.

La lepra de Job en que los gusanos se regodeaban al calor del sol, le parecia á Mauricio un goce sibarítico junto al tormento de oír las palabras de aquella mujer con quien estaba condenado á vivir toda su vida y á la que la costumbre de la ira habia afeado y envejecido.

Nada contestó.

—¿No lo digo?—continuó María cuya irritacion crecia por momentos—ó la calle ó el libro; su mujer, cero á la izquierda; habla, Mauricio, por Dios; dime algo, pégame, insúltame; que te vea yo irritado, colérico; parece que tienes atole en las venas.

—Pero mujer, cálmate, por Dios; ¿en qué te ofendo con leer este libro? ¿qué gusto quieres que encuentre en tu conversacion cuando toda se reduce á darme celos y á decirme palabras que me hieren? Si ya no me amas, si lo que tú soñaste una pasion fué un acaloramiento momentáneo ó un sentimiento de vanidad ofendida, trátame bien como yo te trato á tí, ó con indiferencia completa; pero no te empeñes en exaltarme, porque algun dia podré no ser dueño de mí y jamas me perdonaria cometer una violencia contigo.

—Ah! me amenazas? ¿por qué no lo haces de una vez? anda, aquí estoy; pégame, mátame; eso es lo que yo quiero; tendrás el gusto de haber puesto la mano en una mujer. ¡Cobarde!

—Francamente, María, no se puede tratar contigo—respon-



dió el pintor tomando su sombrero y disponiéndose á marcharse de nuevo á la calle.

—No se puede tratar conmigo, eh? Y cojes tu sombrero y pretendes largarte? No será sin que yo te diga cuántas son cinco.

Entónces comenzó una escena horrible; aquella furia, que no mujer podia llamarse, se abalanzó como una leona contra su marido; le arañó el rostro hasta hacerle sangre, le despedazó el sombrero y la ropa, y le abrumó á injurias.

El artista se defendió lo mejor que pudo procurando conservar toda su dignidad de hombre y no tocar ni al pelo de la ropa á la que llevaba su nombre y habria sido madre de sus hijos si Dios no hubiera querido privarla de los gozes de la maternidad como indigna de ellos, y se lanzó á la calle como si doscientas mil furias le persiguiesen.

Tan desagradable escena, que hemos tratado de bosquejar rápidamente, porque la pluma se resiste á detenerse haciendo la descripción de ciertas monstruosidades que parecen increíbles y que son, sin embargo, el pan cotidiano de algunas familias de nuestra sociedad, era la centésima representación de un drama que Mauricio no podia evitar, como acabamos de verlo, y cuya constante repetición habria matado en el alma del artista todo sentimiento generoso, si por fortuna para él y para su atrabiliaria mitad, esa alma no hubiera estado tan bien conformada.

## XLIX.

### Una compensacion.

Mauricio salió de su casa sin saber adonde iria.

Ciego de cólera contra su destino se preguntaba á sí mismo si era posible que hubiese en el mundo un ser mas desgraciado que él, y si un hombre en semejantes circunstancias no era disculpable si atentaba contra su propia vida.

Se encontraba aislado en medio del mundo, le faltaba el amor de la familia; la amistad de don Marcos y de Ramon, por providente que fuese la primera y por sincera que creyese la segunda, no le satisfacian. Necesitaba algo mas para que su alma quedara satisfecha.

Aquellos hombres de que le habia hablado Manuel, le atraian de una manera irresistible. Unidos por estrechos lazos, componian una gran familia diseminada por todo el mundo; practicaban las santas máximas de caridad y de fraternidad que predicó Jesucristo; ayudaban al débil, socorrian al pobre, estimulaban el génio, le auxiliaban para que no desfalleciera á la mi-